colección

ESTRELLA NEGRA

El mundo entero pasa por Marsella

Ángela Martín del Burgo

El mundo entero pasa por Marsella

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº10—
MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © ÁNGELA MARTÍN DEL BURGO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Idea y dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

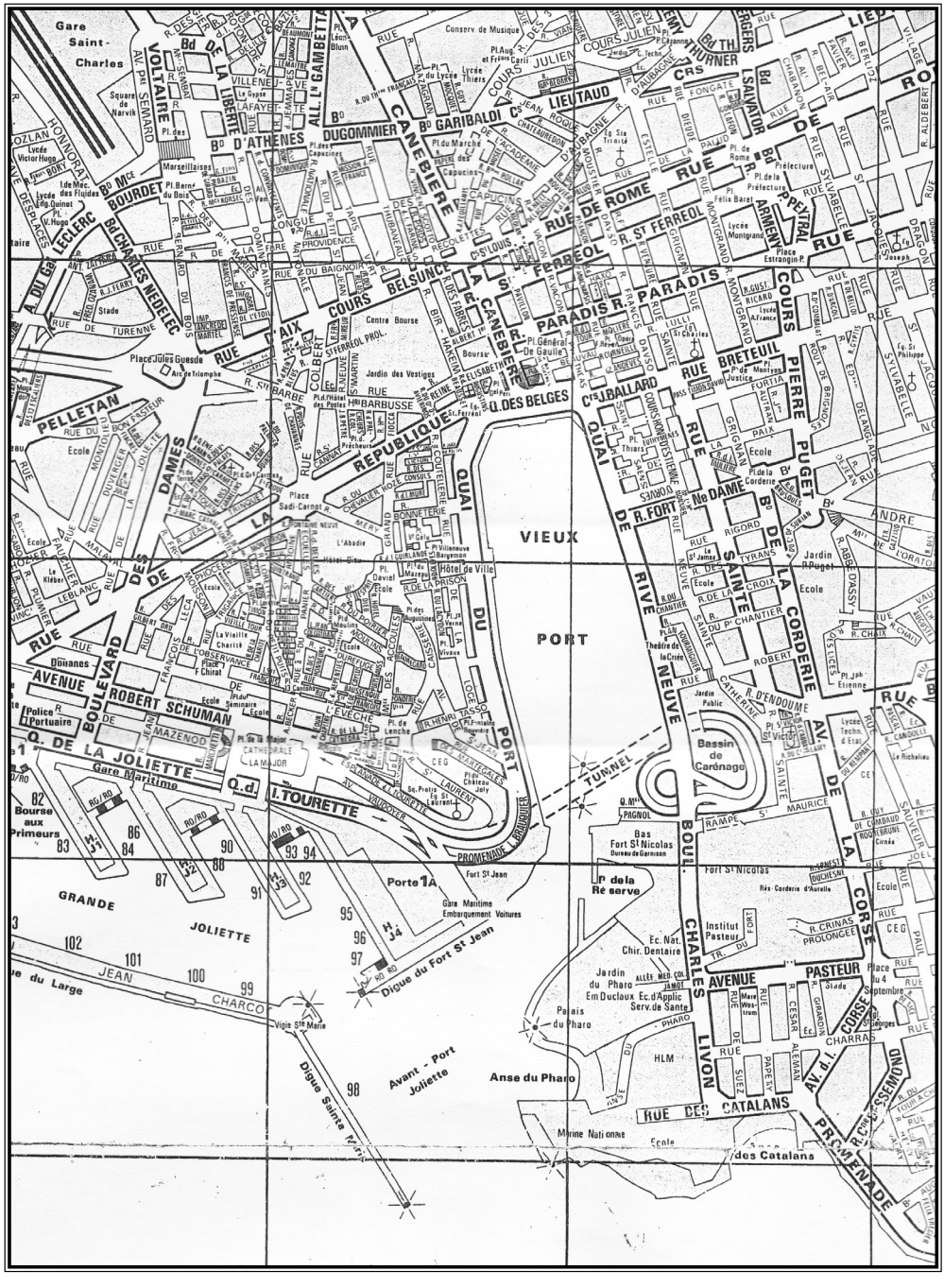
Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Elena Dijour
Fotografía de la autora en solapa © Ángel Álvaro Martín del Burgo

Primera edición: Septiembre 2015
I.S.B.N: 978-84-944036-2-0
Depósito legal: M-27945-2015
Impreso en España.

www.cuadernosdelaberinto.com

A mi hijo Ángel con cariño,
y agradecida por su sugerente lectura.


Gare Saint-Charles
Bd DE LA LIBERTE
VOLTAIRE
Bd D'ATHENES
Bd GARIBALDI
DUGOMMIER
CANEBIERE
LIEUTAUD
RUE DE ROME
R. ST FERREOL
PARADIS
COURS BELSUNCE
COURS JULIEN
Bd CHARLES NEDELEC
LECLERC
BOURDET
PELLETAN
DAMES
REPUBLIQUE
QUAI DU PORT
VIEUX PORT
Hôtel de Ville
Q. DES BELGES
Q. DE LA JOLIETTE
Gare Maritime
Q. d. l. TOURETTE
BOULEVARD ROBERT SCHUMAN
AVENUE DE LA CORDERIE
RUE DE LA CORDERIE
RUE DES CATALANS
AVENUE PASTEUR
Bassin de Carénage
TUNNEL
Porte 1A
Digue du Fort St Jean
Avant - Port Joliette
Anse du Pharo
Palais du Pharo
Jardin du Pharo
Bas Fort St Nicolas
Fort St Nicolas
Pr de la Réserve
Cathédrale La Major
Douanes
Bourse aux Primeurs
GRANDE JOLIETTE
JEAN CHARCO
Digue Sainte Marie
Marine Nationale
Ecole des Catalans
Jardin Public
Théâtre de la Criée
Palais Longchamp
Jardin Pagnol
Place Jules Guesde
Place Sadi Carnot
Place Estrangin P.
Place Castellane
Place Bonaparte
Place Thiers
Place Jean Jaurès
Place Gambetta
Place Leon Blum
Place Victor Hugo
Place Général De Gaulle
Place Notre Dame
Place Sainte
Place Rome
Place Paradis
Place Pierre Puget
Place Bretteuil
Place Ballard
Place Castellane
Place Pasteur
Place Du 4 Septembre
Place Du Ch. Ste Marie
Place Du Ch. Ste Marie
Place Du Ch. Ste Marie

«Marsella es la puerta del mundo. Marsella es el umbral de los pueblos. Marsella es Oriente y Occidente. Desde aquí navegaron los cruzados a Tierra Santa. A través de este puerto fluyeron numerosos cuentos de las mil y una noches a Europa. Aquí desembarcaron los motivos orientales, aquí echaron el ancla, aquí pisaron el suelo del arte y de la literatura europeos. Desde aquí marcharon los exploradores Piteas y Eutímenes, siglos antes del nacimiento de Cristo, hasta llegar al Báltico, desde aquí descubrieron Islandia. Es la heredera y antigua enemiga de Cartago, la bella amiga de Roma, la ciudad griega, la *Atenas gala*».

JOSEPH ROTH: *Las ciudades blancas*.

«¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense! ¡Ciudad de placer y de negocios! ¡Ciudad cosmopolita, tostada por el sol de los siglos! Tú eres una de las reinas del viejo Mediterráneo; tú eres una de sus Babilonias, llenas de oro y de cieno, de vicio y de sabiduría. ¡Ah, Marsella, Marsella! ¡Marsella la griega! ¡Marsella la focense!»

PÍO BAROJA: *El laberinto de las sirenas*.

«Cada dos noches ocurre un homicidio, un asesinato, un atraco o un drama familiar. La vida baila sobre el filo de una navaja, el arma preferida del puerto. La miseria es profunda como el mar, el vicio, libre como la nube».

JOSEPH ROTH: *Las ciudades blancas*.

En el camino de la justicia está la vida;
el camino tortuoso lleva a la muerte.

El que sigue la justicia va a la vida,
el que va tras el mal corre a la muerte.

PROVERBIOS, 12. 28; 11, 19.

Primera parte

EL JOVEN DE LA CANEBIÈRE

CAPÍTULO I

Se desplazaba hasta *La Canebière*, la célebre y popular avenida, y observaba a los viandantes. Los contemplaba con detenimiento, con morosidad. Se ponía en sus papeles y jugaba a adivinarlos. Sabía qué hombres y mujeres iban a entrar en un comercio y quienes, con maletín, lo harían en una empresa o en una sucursal bancaria, y cuándo era la hora de la salida del trabajo.

Se dejó arrastrar en un primer momento por mujeres. Las encontraba soberbias en su engreimiento y orgullo. El dinero era el pedestal sobre el que se erguían.

Las observaba mientras las seguía. Primero era el momento de la elección; a veces, terminaba desistiendo y la persecución había sido en vano, pues aquellas entraban en el portal de una casa; regresaban a su hogar y él desandaba sus pasos.

Pero en ocasiones distintas su elección había sido acertada. Y comenzó a recoger sus frutos: carteras más o menos abultadas de billetes, mecheros de oro o de plata, sofisticados móviles con todo tipo de funciones y servicios... Todo esto era la cosecha de su recorrido por *La Canebière*.

Sudaba mientras actuaba, el corazón en un paroxismo de terror, con un miedo desorbitado a ser descubierto.

Subía a los autobuses que recorrían la distinguida avenida, algunos de los cuales entraban en el *Vieux Port*.

Observaba los bolsos de los viajeros, y elegía aquellos apropiados para actuar. Llevaba finas cuchillas de afeitar, pues no quería usar para aquello una navaja.

Escogía el momento de mayor abundancia de pasajeros. Cuando el autobús estaba repleto, se colocaba frente al bolso de una mujer, casi rozándolo, y sacaba de su bolsillo la cuchilla bien afilada. Rasgaba la piel con un corte horizontal, lo más largo y limpio posible, para extraer de aquel el billetero o el móvil. Y mientras la operación duraba, como la de un cirujano en el quirófano, su corazón palpitaba.

Ensayaba durante la noche, en su dormitorio, quitándose horas de la lectura, con viejas prendas de cuero. Se esmeraba en el corte, profundo y preciso, casi en línea recta.

En una ocasión se colocó en el lateral de una mujer con un grueso abrigo de piel. El bolso le tapaba el vientre. Sacó la cuchilla y comenzó a actuar. Pero el móvil de la mujer sonó y abrió el bolso; se percató de la incisión y lo observó con una mirada recriminatoria; después soltó:

—Joven, ¿ha sido usted quien me ha hecho esto?

Habían llegado a una parada y él hizo esfuerzos por salir, empujando a hombres y mujeres que le obstruían la puerta.

Corrió tras bajarse, y aun cuando se escucharon detrás de él voces de *¡Deténgalo! ¡Eh, al ladrón!*, nadie pudo atraparlo.

Comenzó a hablarse de *El joven de La Canebière*. Y el rumor llegó a la prensa, que lo propagó como una escueta noticia.

Pero nada sabían salvo que un joven de buen parecido físico actuaba como carterista en los autobuses que recorrían *La Canebière*. Y él dejó de frecuentarlos. Volvió a la calle, a la persecución de transeúntes que se le figuraban prometedores en su botín, fuesen hombres o mujeres, si bien, seguía mostrando su predilección por éstas últimas.

Cuando daba por terminado su trabajo, cercano al mediodía, marchaba al *Vieux Port*, donde, paseándose por él y recibiendo en el rostro la fresca brisa marina, descansaba de la fatiga y de los nervios de las horas anteriores. Su mirada se perdía entre aquellos mástiles que le hablaban del exotismo y del sueño de la partida. Es de aquel mismo puerto, que hacia 1930, pasando por el canal de Suez, se viajaba hacia el Extremo Oriente. Y André, siendo espectador de la atracada y de la salida de los paquebotes, imaginaba mil historias de ensueño, en las que él era el protagonista.

Otras veces, caminaba hacia *l'Estaque*, el inmenso dique, donde su vista se demoraba entre los navíos de gran talla.

Atrás quedaba el trabajo sucio de la mañana, la cuchilla certera sobre la piel de cuero o de vacuno, cuyas diferencias tan bien conocía su mano; pero ¿acaso ésta se había manchado con aquel uso?; ¿acaso lo había hecho también su mirada? Cuando la dirigía hacia aquel mar, el azul Mediterráneo, la sentía tan ardiente y pura, que su ánimo quedaba impregnado por entero de aquella pureza. Entonces pensaba en los fajos de billetes que había extraído de carteras y billeteros, a los que, después de examinar las tarjetas y los carnés que portaban, tiraba al océano, para que, entre su inmensidad, desapareciesen y naufragase lo que juzgaba restos ruines de la vida del hombre.

Los momentos que pasaba en el *Vieux Port* y alrededores eran un verdadero escape a su vida atribulada. Conocía a la perfección los tres muelles que forman ese rectángulo abierto por uno de los lados al mar: el *Quai de Rive Neuve*, el *Quai du Port*, presidido por el *Hôtel de Ville*, y el *Quai des Belges*. Estaba

habituado a los colores de sus casas, amarillos, asalmonados y ocres, y a las distintas tonalidades y destellos que les infundía el sol a lo largo de su recorrido.

Más allá del *Vieux Port*, André gustaba recorrer las dársenas de la *Joliette*, edificadas en la segunda mitad del siglo XIX, y en las cuales se amontonaban mercancías que habían viajado desde las distintas partes del mundo.

Observaba a los fornidos *dockers* con sus carros y furgonetas, en las que introducían pilas de productos de distintas formas y tamaños. Contemplaba las manos y los gruesos dedos; los musculosos pechos; el rostro curtido. Y tras mirarlos a ellos, dirigía su vista hacia sus propias manos, observaba entonces su piel fina, sus dedos largos y esbeltos, más de pianista que de *docker*. Esos dedos y manos sabían moverse a la perfección en torno de un bolso o de una cartera, con la precisión de las manos de un relojero, de un buen artífice o de un concienzudo técnico; y, sin embargo, él aplicaba esa precisión y rigor a algo bien distinto. Al fin y al cabo, se dijo, él era un proscrito, un rebelde que se hallaba en las antípodas del mundo de los otros. Aunque eso no impedía que, siendo inteligente y esforzándose, llegase a ser, más adelante, útil a la sociedad. ¿No pasaba las noches inmerso en la lectura de libros que sus compañeros de clase estaban bien lejos de leer y tan siquiera de comprender? Ahora se encontraba al margen, al margen y por encima de los valores imperantes, esto justificaba que no los respetase, aún más, se consideraba exento de ello.

Se hallaba en las dársenas de la *Joliette*, frente a los puestos de atracada de los navíos. Cogió una piedra y la lanzó al

agua. Escuchó el chasquido al caer el guijarro y, acto seguido, cómo formaba círculos concéntricos en el mar. Pensó en su madre, le llevaría gran parte de los billetes que había reunido aquella mañana.

—No me preguntes de dónde han salido —le diría, como cada vez que le entregaba algo.

—Pero ¿cómo no te voy a preguntar? André, dímelo, por favor.

—Puedo responderte cualquier cosa, no te das cuenta; por ejemplo, que he estado trabajando en el puerto, ayudando a descargar mercancías. Y bien, es esto lo que he hecho. Acabo de regresar de allí, donde he trabajado como un verdadero y esforzado *docker*. No me preguntes nada más. Lo que sí sabes es que no he ido al Liceo. Necesitamos esto —agregó mirando los billetes —, ahora no puedo sentarme en sus bancos, como si tal cosa.

La madre cayó en un silencio doloroso, cogió los billetes y besó las manos del hijo, quien, desmereciendo ese beso que se estampaba en su piel, las retiró.

—Antes teníamos de todo, cuando estaba tu padre.

—Si por «tener de todo» te refieres a las broncas y a los golpes de un borracho.

—No siempre lo ha sido; durante muchos años no bebió.

—Pero después lo hizo y ¡de qué manera!, hasta perder el juicio. ¿No recuerdas cuando te golpeaba?

—Había perdido el trabajo y eso lo llevó a la bebida.

—¿No fue más bien la bebida quien le hizo perder el trabajo? Además, no quiero hablar de él, no quiero ni que me lo

recuerdes. ¿No te acuerdas de aquella vez que me interpuse entre vosotros?

—¡Hijo mío!

Le habían llamado del Liceo.

—Soy el tutor de André. Lleva una temporada sin asistir a clase.

Quedó sorprendida, pero no quiso delatar a su hijo, a quien amaba, así que, barruntando algo oscuro, soltó lo primero que se le vino a las mientes para protegerlo:

—Ha estado enfermo y se halla todavía muy débil. Muchas gracias por llamar —y colgó.

A mediodía llegó André con el fajo de billetes, así que cuando éste le dijo aquello de: «Lo que sí sabes es que no he ido al Liceo», la madre con un gesto de cabeza asintió. «No me preguntes nada más», le pidió.

Él quería merecer su cariño, seguir siendo aquel André a ojos de su madre; quien le recompensaba de la mala conducta del padre, de su temperamento bárbaro y desmedido. Así que todo su empeño era no ser descubierto, que no llegasen a averiguar que él era el carterista de los autobuses que recorrían el centro de Marsella, que él era *El joven de la Canèbiere* del que hablaba la prensa.

Se adiestraba en su oficio, en su técnica de ratero; que el corte que realizaba en todo tipo de tejidos y pieles fuese certero y preciso, ejecutado con unos dedos y unas manos firmes, de los que estuviese ausente el temblor.

Algún día se revelaría quién era en realidad, un joven de vida oscura, que quitaba horas a su sueño para leer novelas y libros

de filosofía, aunque ahora vulnerase los principios sobre los que se asentaba la sociedad. Pero ¿qué podría decir de todos aquellos sujetos que eran objeto de su persecución y a quienes robaba la cartera?; ¿acaso éstos habían conseguido su dinero de una manera más noble?; ¿no habían amasado su fortuna a base de sustraer gran parte de la ganancia de aquellos que les entregaban su mano de obra, su vida y su sudor en las empresas que dirigían?

No sólo se esmeraba en la técnica de su oficio; antes que la mano empuñase la cuchilla y ejecutase el certero corte, había contemplado con detenimiento, como un buen psicólogo o atento observador, a aquellos a quienes seguía. ¡Y qué poco de humano adivinaba en los rostros en los que se demoraba!

Con aquellas observaciones delineaba tipos por la noche en su cuaderno; caricaturas de un aprendiz de escritor, que trataba de hacer sus pesquisas en las entrañas del hombre. De tal modo, que la cuchilla en su mano durante el día pujaba con el análisis mordaz y el dato puntual y minucioso durante la noche en el cuaderno.

Nada de esto sabían sus antiguos compañeros de clase, ni aquella familia con la que convivía. La madre, Louise, había decidido correr un secreto velo sobre él, llevada por la confianza y el amor que le profesaba.

Pero sus compañeros de Liceo... Era alrededor de ellos que se había abierto un mayor abismo. Y era por esto por lo que no quería volver a las aulas. Les echaba en cara su mojigatería, su vida despreocupada y conformista, su falta de ideales y grandeza. Si los miraba y se detenía en su rostro y en sus ojos, los

encontraba apagados, sin brillo, sin ninguna osadía, faltos de luz. ¿Volver a las clases y sentarse junto a ellos?; ¿acaso era posible? Pasaría inadvertida su mirada, su osadía, el destello de su vida que se estaba deslizando hacia el límite, rebasándolo, franqueando el peligro.

André no cesaba de entrenarse en la técnica que su oficio de ratero exigía. Primero fue la afilada cuchilla sobre bolsos y carteras; más tarde fueron relojes y móviles.

La técnica de escamotear relojes la tomó de una película de Robert Bresson, *Pickpocket*. Con dos dedos sujetaba la pulsera para mantenerla inmóvil, y, acto seguido, con el pulgar desabrochaba la hebilla. Estos movimientos los ensayó una y otra vez. Lo hizo colocando su propio reloj sobre unos de los barrotes más gruesos de su cama niquelada. Y semejante escaramuza la encontraba apropiada en los ajetreos de metros y autobuses, cuando las circunstancias y la excesiva afluencia casi obligaban a sujetar de algún modo al transeúnte que se abalanzaba, estando el compartimiento lleno, y el sujeto en cuestión se disponía a salir.

André tenía que buscar el momento adecuado, aquel en el que metros y autobuses se hallasen realmente atiborrados de pasajeros. Forzosamente tenía que aprovechar entradas y salidas en las horas habituales de trabajo. O bien madrugaba y antes de las siete ya se encontraba en la calle, haciendo cola en las paradas de autobuses o esperando en el andén el próximo metro; o bien, aguardaba a que el mediodía transcurriese, cuando establecimientos y sucursales cerraban.

Esto cambiaba de algún modo sus hábitos cotidianos; pues era durante la noche, cuando la casa de los tíos estaba en silencio, que él podía refugiarse en su dormitorio y ejercitarse en los movimientos necesarios; entonces también leía y tomaba notas en sus cuadernos y diarios. La casa entera dormitaba, mientras él, vigilante insomne, a espaldas de todo y de todos, velaba.

Cuando la clase de objetos que desvalijaba cambiaba, la técnica utilizada era otra, y, de igual modo, las circunstancias y preparativos que rodeaban el robo.

Sucedió cuando desplumó relojes, técnica difícil y tan espinosa como el mecanismo de precisión que se encuentra en su interior. Sólo al apreciar que el reloj era realmente valioso, merecía la pena enredarse en ello.

Y volvió a ocurrir cuando se fijó en otros objetos cotidianos, que pasaban a ser tan comunes y abundantes como aquellos: los teléfonos móviles.

Para ello comenzó a frecuentar bares y cafés; también el espacio tenía que ser distinto.

Lo principal era la minuciosa observación que rodeaba la escena y dirigía los preparativos, pero no abandonó *La Canebière*, su querida y animada avenida.

El horario de trabajo se tornaba más amplio, pues es en distintos momentos del día que la frecuentación de locales y establecimientos de restauración es numerosa.

Para ello no había por qué madrugar; podía traficar a mediodía e, igualmente, durante la tarde y la noche.

Comenzó observando uno de los cafés de *La Canebière*, el elegante *Café de la Mode*, que se halla en el número 11 de la